



MENSAJE DEL GOBERNADOR
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON
EN OCASION DE LA CONFERENCIA EN TORNO A LA
EDUCACION ETICA

8 DE MAYO DE 1976

Honorable Secretario de Instrucción, Honorables Juez Presidente, señor Presidente de la Universidad de Puerto Rico, señor Presidente de la Universidad Católica, Honorable Senador Don Justo Méndez, amigos panelistas, amigas y amigos todos.

Me dirijo ante ustedes como un ciudadano que comparte la tarea del magisterio. No sólo es maestro el que ejerce tan noble ministerio en el recinto escolar, lo somos también todos los que tenemos la responsabilidad de dirigir un pueblo, de encauzar su destino, de buscar soluciones a los problemas que lo abruman.

Decía José Enrique Rodó que hablarle a las juventudes era "una suerte de cátedra sagrada". Porque la situación no se limita al mero compartir conocimientos, o acumular información. Es ante todo forja del carácter, desarrollo pleno de la personalidad. Es hacer del estudiante no sólo un ser más sabio, sino también más integro, más útil y moral.

Hostos afirmaba que la educación debería ser "pública y no sectaria". Sin que por ello perdiera los valores éticos, las esencias prístinas del cristianismo. Los grandes maestros le han dado suma importancia al desarrollo del carácter, tanto Sócrates como Cristo.

El calibre de la enseñanza no radica tanto en el

método como en la calidad del maestro que practica tan noble menester.

El maestro debe ser una autoridad moral en la comunidad en que vive y sobre todo en un mundo que evoluciona... en que hay confusión de valores... en que caminamos desorientados. Que dentro del progreso no perdamos aquellas virtudes cardinales de nuestra raza, de nuestra cultura, de nuestra civilización. Como dijo un eminente adalid puertorriqueño, "que había que urbanizar las virtudes jíbaras". Que no perdamos lo que nos era más caro, máspreciado y más puro como el sentido de solidaridad, de comunión en la familia, de hospitalidad señorial, nuestra desbordante generosidad, nuestra actitud de respeto hacia nuestros mayores, nuestras instituciones veneradas. Que no nos deshumanice el progreso. En el evangelio se dice, "de qué vale al hombre granjearse la tierra si pierde el alma?".

Que aprendamos en vez de mandar, a servir, no importa el rango que ocupemos en la sociedad. El hombre vale no por ser rico, potentado, profesional, por ser médico o por ser abogado. Vale por ser hombre en la alteza del concepto.

Hay que ir a la vida como el que sirve. Como maestros debemos enseñar a los discípulos que la casa no

vale por lo suntuosa o por la cantidad de enseres que la adorne, es por la calidad humana de las gentes que la habitan. Hay que revivir nobles costumbres del pasado, el altar en los hogares, la cruz en el tabique, aquella cordial comunión en la mesa y en la botica.

Que la familia puertorriqueña se congregue para trabajar, para unirse en el afecto, en la oración. Que haya más escuelas, más bibliotecas, más parques que barras. Que inculquemos en los estudiantes el sentido nato del cooperativismo del puertorriqueño en las juntas, en los campos, en la construcción de sus hogares, en las fábricas, en el velorio, en la reyada, en el dolor, en la alegría y en la esperanza. Que el egoísmo no sea la medida o la meta de nuestras aspiraciones, que el rencor no se aposente en nuestras almas.

Que amemos el trabajo que dignifica. La mano ociosa es propicia al vicio. "El tiempo para el trabajo es aire, para el ocio es plomo", decía Eugenio María de Hostos. Y como hablamos de educación ética, lo importante no es conocer la moral y sus preceptos. Los códigos no hacen a las gentes mejores, ni la moral puede legislarse. Lo que importa es vivir a la altura de la moral.

Los maestros deben enseñar a los discípulos que hay

unas medidas más altas y severas que las económicas para juzgar a los hombres, un balance superior. Que también hay un "per cápita" en el orden de los valores morales, éticos, humanos. Hay mucho odio acumulado en el mundo, mucha infamia, mucho prejuicio económico y social. Hay que buscar los valores que aunen a los hombres como hermanos, como solidarios de una sola raza, la raza humana. Hay una medida que puede resolver los problemas más graves que aquejan a la humanidad. Nos fue enseñado en el sermón de la Montaña y es el más bello y hermoso código de ética o moral que registran las edades y dice así: "Amaos los unos a los otros". Si siguiéramos este mandato los pueblos llegarían a fundirse en una sola raza cósmica, como la soñó Vasconcelos.

Estamos construyendo una gran Torre de Babel con nuestra soberbia y no nos entendemos. Y cuanto más se acortan las distancias por los medios de comunicación más distantes parecen los hombres. Hay un abismo entre los seres y los pueblos. Urge que en vez del lenguaje de la violencia, de las armas, nos una el lenguaje del amor. Un nuevo esperanto.

Tengo fe en el magisterio puertorriqueño, tengo fe en los estudiantes y tengo fe en mi pueblo. Sé que ideas como las que se van a discutir aquí en el día de hoy

tendrán una cálida acogida entre mis compatriotas. Mi tierra y sus hombres son buenos, son nobles y serviciales. La semilla caerá sobre terreno fértil y abonado, porque el maestro es un sembrador, y florecerá el fruto a ciento y a mil.

Educar, según "un notable pedagogo, José de Luz Caballero, es templar el alma para las vicisitudes de la vida". Y mi pueblo tiene temple y tiene fibra, y como bien dicen en el campo, "nada hay más largo que la esperanza".

Pero no sólo al maestro debe tocarle esa misión de alta militancia ética. Cada hombre, cada puertorriqueño está comprometido en esta noble empresa al rescate de los valores de nuestro pueblo, de nuestra raza, de nuestra civilización cristiana.

Muchas Gracias.